

Pronosticar: Una práctica estimulante y poética entre los mayas

FRANCESC LIGORRED PERRAMON

Generalidad de Cataluña

«Del Oriente al Poniente y del Norte al Sur, está llena esta tierra de señales y de anuncios.»

ANTONIO MEDIZ BOLIO.

El juego de los pronósticos, como fundamento y artificio cultural, otorga a los mayas la seguridad necesaria para convivir con el Tiempo; orden alcanzado en base al conocimiento y al análisis de unos signos que les permiten anunciar sucesos futuros.

Estas señales pueden tener un carácter natural y un carácter cronológico. En el segundo caso se trata de vaticinios sustentados por cifras; los sabios mayas de la antigüedad tuvieron un buen registro de señales, basado en la observación de los ciclos cósmicos y en la astrología, que les permitía no sólo anunciar sino, probablemente, prevenir algunas catástrofes. Existían también las predicciones temporales (katónicas, tónicas y diurnas), que rozaron la perfección matemática y los rituales de la predicción dirigidos a la agricultura. Todas estas prácticas científicas debieron incidir en la tradición literaria maya.

La presente discusión pretende reconocer la importancia que adquieren, en el ámbito cultural maya, los pronósticos no cronológicos y señalar la trascendencia que podría tener la identificación de un uso del lenguaje poético como forma característica y, a la vez, estimulante para pronosticar. La intención rebasa los límites de la lingüística para establecerlos en la etnoliteratura y en la propia semiótica; una semiótica «vinculadas a la “comunicación” y a la “significación”, y, en última instancia, de forma que las incluye a las dos, a la acción humana» (Serrano, 1981:7). Debe aplicarse la semiótica sobre los signos lingüísticos y sobre los signos no lingüísticos, desde los antiguos jeroglíficos hasta los textos literarios (orales y escritos) modernos. El reconocimientento y un posterior estudio exhaustivo del lenguaje de los pronósticos en la literatura maya actual, pero sobre todo en los textos coloniales ofrecería una serie codificada de signos aptos, quizás, para enfocar hacia las partes oscuras de la escritura glífica; destruida y olvidada esta escritura, los mayas intentaron almacenar la mayor cantidad de información a través del lenguaje poético.

En el capítulo dedicado al Lenguaje de Zuyua, en los Chilames, leemos: «¡No quiera Dios que todo lo que aquí está pintado acontezca!» Los pronósticos no fallaron; y en el siglo XVI quedó silenciado, todavía más, el significado de la glífica. La ruptura que entonces sufrió la cultura de los pronósticos propició la confusión de los límites entre lo matemático y lo poético, entre la ciencia y la literatura.

Esta confusión contribuía también a deformar el verdadero significado de conceptos como pronosticar y profetizar. El don sobrenatural de la profecía, que es inherente al hecho mismo de profetizar, desaparece cuando lo que se pretende es pronosticar; en este caso se hacen indispensables algunos indicios y señales para poder adivinar y anunciar sucesos futuros. Mientras la inspiración divina define a la profecía, la observación constante caracteriza a los pronósticos y las señales permanecen a pesar de su aparición y desaparición.

En la cultura maya convergen los límites de los pronósticos y de las profecías; así como sabían pronosticar los eclipses y determinados cataclismos que son repetidos en el tiempo, por la naturaleza, a veces también juegan con anuncios que no tienen un momento preciso para que acontezcan hechos trascendentes. El mundo de los pronósticos y de las profecías confundió a los frailes y durante largos años, éstos fueron engañados. Villagutierre y Sotomayor recoge, precisamente, una de esas respuestas ambiguas que los frailes recibían de los indígenas: «todavía no ha llegado el tiempo de cambiar nuestras creencias; porque está dicho que llegado tal o cual tiempo hemos de cambiar». Alterados los precisos registros de señales cronológicas que poseían los mayas todos los signos poéticos, en los que se podían sustentar los pronósticos naturales, debieron guardarse precipitadamente en la memoria y transmitirse a través de la literatura oral.

Fray Diego de Landa señala que los mayas de Yucatán tuvieron «señales y profecías de la venida de los españoles»; lo cierto es que desde los primeros años de la Colonia la evangelización se basó en un excesivo manejo de estas señales. Esto permitía a los frailes reafirmar un hecho, para ellos, irremediable: los indígenas debían aceptar la nueva religión y las nuevas leyes, traídas del extranjero, pues, ellos mismos, las habían profetizado. Pero para el extranjero pudo resultar una «incomodidad» saber que se había anunciado su llegada y su posterior actuación; además, todo se complicó con la violencia que caracterizó inicialmente a la Conquista y que resultó determinante. Los mayas habrían pronosticado la sustitución, normal por demás, de algunos signos pero nunca su destrucción fulminante. La actitud de los indígenas de Yucatán cambió, de forma radical y, también aquí, «la creencia en la llegada de los supuestos dioses anunciados por la tradición es sustituida por la conciencia de la excesivamente terrenal naturaleza de los invasores»; los mayas, esperanzados en un principio, pronto «se entristecieron».

Los conquistadores destruyeron templos, «hicieron polvo» sepulturas, quemaron libros y silenciaron a los sabios y a los sacerdotes; de haberse prolongado más esta grave situación los primeros frailes hubiesen tenido que predicar en el desierto. Un factor socioeconómico contribuyó a frenar el exterminio, pues en la península de Yucatán «no había oro ni plata ni piedras preciosas. La única fuente de riqueza en tierra tan desprovista sería el indio. El conquistador, defraudado en sus ilusiones, sólo se sentirá compensado al disponer a su arbitrio del trabajo de los naturales» (Baquero, 1943:201).

Los mayas milperos, protegidos por sus tradiciones y por la homogeneidad apabullante del paisaje peninsular, tenían la suficiente fuerza para no perecer; estos mayas de «atrás de la muralla», como se lee en las Crónicas, poseen, para Barrera Vásquez, «una identificación ecológica con la tierra que los sustenta tan compenetrada, que se bastan a sí mismos para ver morir a su vera cualquier civilización» (1951:121). Así, por ejemplo, tener que participar, más tarde, en la construcción de iglesias y conventos sólo les podía significar remover, una vez más, las piedras para cambiar las formas.

Los frailes, muy próximos a la empresa colonizadora y dispuestos a evangelizar, tuvieron que recurrir con premura a los sabios, a los ancianos, a la diezmada casta sacerdotal maya cuyos sobrevivientes y descendientes habían optado, copiando una actitud tradicional del pueblo, por el silencio como forma más inteligente de resistencia.

Este silencio, enmarcado en el tiempo cíclico de los mayas, era un silencio con memoria de años y de siglos, de pasado pero también de futuro.

Los indígenas peninsulares, en el siglo XVI, no solamente habían observado sino que ya habían sufrido la violencia de la Conquista; señales inequívocas éstas que les permitían pronosticar que los recién llegados serían unos inquietos visitantes. Pero, al fin y al cabo, sólo eso: unos huéspedes. Precisamente la palabra maya que encontramos en los textos coloniales para referirse a los españoles es *uulaa* (huésped, visitante...).

No es preciso extendernos sobre el particular carácter que el mestizaje, sea cultural o social, ha tenido en Yucatán. Aceptar la influencia de las costumbres indígenas sustentadas, por cierto, en una constante superioridad demográfica se convierte, en más de una ocasión, en un acto de supervivencia para cualquier extranjero habitante en la Península.

En este contexto no nos debe extrañar que los servicios de los mayas milperos fueran indispensables para que los frailes iniciaran la «conquista espiritual». El pueblo maya alejado, antes, del lenguaje de sus sacerdotes nada entendía, ahora, de lo que se le predicaba en las nuevas lenguas (latín y castellano). ¿Cómo era posible —por poner un ejemplo fácil— hablar en las cálidas tierras yucatecas de rebaños de ovejas o de la viña del Señor? Frente a esta recíproca incomprensión se hacía necesario determinar cuál podría ser la mejor lengua para evangelizar: ¿Sería mejor que los indígenas aprendiesen el castellano o que los frailes aprendiesen la lengua maya? Este tipo de discusiones, a pesar de los diversos planteamientos y de las leyes que se dictaron al respecto, fueron un problema que nunca alcanzó una solución definitiva. Durante los siglos XVI y XVII la política colonialista apremiaba a los frailes; los indígenas no aprendían el castellano y los frailes empezaron, con urgencia, a elaborar vocabularios y gramáticas para poder confeccionar catecismos y sermonarios.

Al igual que la antigua escritura maya fue privativa de unos pocos también lo fueron los textos escritos, durante la Colonia, en latín y en castellano; incluso aquellos escritos en lengua maya pues, en este caso, se desconocía el alfabeto latino. En los conventos funcionaron, a un ritmo acelerado y en improvisados laboratorios de fonética, cursos de alfabetización y de lenguas. Frailes e indígenas desarrollaban, con un desconocimiento mutuo de la lengua y la cultura del otro, una tarea difícil que consistía en enseñar y aprender al mismo tiempo. En general, los «informantes» indígenas no debían ser especialistas en este tipo de ejercicios, pues se trataba de esforzados estudiantes dispuestos —u obligados— a aprender una nueva lengua y unos nuevos conceptos religiosos.

En la primera mitad del siglo XVII las dificultades lingüísticas para evangelizar persistían y sólo con argumentos seudoreligiosos, Fray Bernardo de Lizana es capaz de abordar este problema: «Muy extraña caso será para algunos, que los Indios Sacerdotes de los Idolos profetizasen la venida de la fe y nueva ley, como adelante se verá: mas no debe extrañar, pues Dios nuestro Señor por sus divinos secretos puede dar espíritu de profecía a cualquiera, aunque sea gentil, o permitir que el demonio diga como enemigo que es, y príncipe de la mentira algunas veces verdad, por apoyar con ella las muchas mentiras que dice, y ser más creído; y Dios le manda que la diga a pesar suyo muchas veces, como de muchos ejemplos consta» (1893:37).

Demasiados textos mayas coloniales fueron y siguen siendo clasificados como profecías. Vale la pena recordar un excelente ejemplo, generador de textos, que Lizana

incluye en su «Historia de Yucatán. Devocionario de Nuestra Señora de Izmal y Conquista espiritual». De esta «Historia...», impresa en el año 1633, hago referencia al capítulo titulado «De como estaba profetizado por la Cristiandad a ella». Los textos de este capítulo aparecen luego reproducidos, con ligeras pero significativas variaciones, en el Códice Pérez y en los libros de Chumayel y de Tizimín.

Su mismo título ofrece ya diversas interpretaciones: las «Profecías...» de Lizana son para Roys, «Profecías de una Nueva Religión» y para Le Clézio, traductor francés de los Chilames, «Prophéties des Prêtres du Soleil». Barrera Vásquez llamó a estos textos «Jaculatorias de los Ah Kines» considerando que «tienen un tono de resignada admiración de hechos inevitables». Rivera, en su edición española del Chilam Balam de Chumayel, dedica a estos textos el capítulo de «Las Últimas Profecías», con el subtítulo «La interpretación histórica de Yucatán». Aunque Landa hace alusión a las profecías de los mayas, probablemente fue Fray Bernardo de Lizana quien se decidió a introducir la palabra castellana «profecía», en su acepción cristiana de inspiración sobrenatural, en los textos religiosos mayas coloniales. Lizana, que presenta primero los textos en lengua maya y a continuación la interpretación en castellano, usa siempre, en los títulos, la palabra castellana «profecía(s)» precediendo a los nombres de los sacerdotes (Ej. Profecía de Napuctum Sacerdote). Barrera Vásquez sustituye, en estos casos, «profecías» por «palabras» (Ej. Palabras del Ah Kin Napuctun); es posible que este investigador desconfiara de la correcta utilización de la palabra «profecía» atendiendo a que aparece escrita en castellano por Lizana.

En las «Profecías de Nahau Pech, gran sacerdote», escribe Lizana: *Talituchit Nahaupch ahkin* que interpreta cómo «profetizó Nahaupch Sacerdote». El carácter monosilábico de los morfemas mayas no es detectado y el fraile español, que había transcrito tres palabras mayas, escribe automáticamente tres palabras castellanas. Cuando en *Talituchit* se localizan, al menos, tres morfemas: el verbo *tal* (ir o venir), el pronombre de tercera persona *u* (su) y el sustantivo *chii* (boca). Lo que pretendía transcribir Lizana pudo ser: *Tati tii chii* (por mandato de alguno) a *Tali tu chii* (por mandato de alguno) o *Tali ti chi* (por mandato) o *Tal tin chi* (se me ocurrió decirlo). La edición del Chilam Balam de Chumayel de Roys aporta como solución: *Tal tu chi Nahau Pech, ah kin*, con la traducción inglesa «Comes from the mouth» (algo así como «viene o procede de la boca»). Pero no descartó Roys, y lo registra gráficamente, la expresión «This prophecy». Barrera Vásquez parece localizar un cuarto morfema. Así, el fonema oclusivo, alveodental, sordo (t) es probable que funcione como un pronombre nominal posesivo (primera persona del plural) pues no se trata de un prefijo a pesar de que, lingüísticamente, es una forma no libre. Este pronombre denotaría cierta relación de posesión. Quedaría, es lo que aquí nos interesa, como segundo morfema el verbo *al* (decir) que posibilita la traducción que nos da este autor: «os lo dice Nahau Pech, Garrapata-de-línea-materna-llamada-Hau, Ah Kin, Sacerdote-del-culto-solar» (Barrera, 1978:126). Es importante recordar que el verbo *al* (decir) se usa en el Lenguaje de Zuyua y es lógica pues su presencia en un texto religioso en donde «El Señor que viene a nuestro gobierno, a nuestro poder y que es auténtico Señor, inquirirá por Ku, Deidad nuestra, (...) y, aquel que no lo hiciera será muerto y aquel que lo hiciera y nos respete tendrá a Dios con él» (Barrera, 1978:135).

En relación a estos textos presentados por Lizana, Roys sugiere que se trata de antiguas profecías que hacían referencia al regreso de Kukulcán (siglo X) y con a

llegada de los españoles fueron tomadas como pronósticos relacionados, precisamente, con este suceso (siglo XVI). Y aún pudieron ser usadas nuevamente acomodándolas a otros acontecimientos históricos modernos como la Independencia, la Guerra de Castas o el triunfo del gobierno socialista de Felipe Carrillo Puerto. Hemos referido, al principio, que los pronósticos cronológicos pudieron aportar durante los primeros años de la Colonia elementos poéticos a los pronósticos de tipo natural. La gran cantidad de términos y expresiones relacionados con la astronomía, la meteorología y la cronología que Cristina Alvarez recoge en su «Diccionario del maya-yucateco colonial» confirmaría que pronosticar pudo haber sido una práctica poética y estimulante entre los mayas. Sólo para expresar las ideas relacionadas con el día y la noche se emplean alrededor de mil términos; para el amanecer, sin haber salido el sol, nos encontramos con casi cincuenta expresiones. Baste recordar el amplio campo de significados que encierra la palabra *kin*, en sus acepciones sol, día, tiempo... Esta complejidad recomienda un regreso urgente a los manuscritos coloniales y un análisis adecuado de la lengua maya en que están escritos a fin de poder localizar todos esos signos, en definitiva todos esos pronósticos en medio de un lenguaje poético, a veces esotérico, de difícil comprensión.

Los pronósticos anunciados y «pintados» en la antigüedad se cumplieron durante la Colonia y en los versos que siguen, del Cantar 5 de Dzitbalché, así parece reconocerse:

LAIL-CV-TAL-ZIIC-T-V
 VAY-T-CAHOOB-C-ŃIIC
 V-THANIL-BAAL- (BAAL)
 LAIL-C-ILIIC-HELA
 BAAX-C-OHELMA
 TVMEN-ZA-ZAM
 MAL-CI-ILIC-T-C
 CHVMVVC-CAAN
 U-CHICVLIL-BAX
 ALAN-TON-TVM
 MEN-H-VVCHBEN
 VINCOOB-VAY-T
 CAHALE-VAY-T
 LVME-TI (-C-ŃIIC)

Lo que signifique
 aquí en los poblados, damos;
 el significado
 el cual vemos hoy,
 y lo que sabemos
 porque día
 día vemos
 en medio de los cielos
 la señal de lo que
 nos fue dicho por
 los hombres antiguos
 hombres de aquí
 de nuestros pueblos,
 de aquí de nuestra tierra.

(Barrera, 1980:66-67)

Recordar solamente que, en el siglo XIX, la literatura yucateca escrita en castellano pero inspirada, por igual, en el pasado esplendoroso de los mayas y en las tradiciones indígenas peninsulares, no escapó de la influencia poética de los pronósticos naturales; la presencia de «señales y anuncios» se hace patente en muchos textos. Uno de los mejores ejemplos nos lo ofrece Mediz Bolio que, como él mismo dice, pensó su obra «La Tierra del Faisán y del Venado» en maya y la escribió en castellano. Este relato poético de la antigüedad y grandeza de los mayas convierte a la historia de éstos en un prolongado juego de pronósticos cumplidos y por cumplirse (estrellas que pasan volando; agua muerta en el fondo de las grutas; el fuego, la llama y la luz; la mano roja; el xhail; la semilla del árbol viejo...); pero esta elogiosa, a veces trágica, crónica del pasado es también una esperanzadora crónica del futuro y por eso el autor no duda en

escribir: «Y todo puede volver resplandeciendo, como regresa el sol cuando la noche se acaba» (1983:152).

La alterada tradición cultural maya no impide que los antiguos conocimientos y la propia realidad cultural y social de la Colonia y de los tiempos modernos vaya quedando registrada en la lengua maya hablada. La literatura oral se encuentra cada vez más cargada de signos, cada vez más confusa y fragmentada, pero sigue guardando celosamente unas señales, unos pronósticos, que tienen su núcleo en la propia cosmogonía, es decir, en el origen de su cultura, de su literatura.

El texto que se presenta, a continuación, registra no sólo el origen de la raza maya sino que pronostica un importante suceso futuro. Predominan en él los préstamos castellanos y las formas híbridas, las repeticiones y los paralelismos (a veces traducción directa al castellano realizada por el propio autor) que nos proporcionan una información redundante. Este escaso valor poético no impide que consideremos su contenido cultural: puede tratarse, sobrepasando lo mítico, de un pronóstico de tipo cosmológico. Las posibles influencias de creencias provenientes del milenarismo no impiden enmarcar el texto en el mundo mitológico, cultural y social peninsular. Todo ello a pesar de que la propia cosmología aparece alterada y fusionada: en nuestro relato los habitantes actuales de Yucatán viven en la tercera raza y no en el cuarto mundo, época o creación (Tozzer, Morley, Thompson, Villa Rojas).

El argumento es sencillo: se nos presenta a los aluxes como una primera raza desaparecida bajo un diluvio; luego aparecen los indios (fusión de los transgresores y los macehuales) como una segunda raza destruida en las guerras sostenidas contra los conquistadores, y una tercera raza, la actual en este caso, que caracterizada por las influencias culturales, religiosas y sociales occidentales, parece tocar ya a su fin. En este contexto, es importante observar como las comodidades y diversiones modernas parecen anunciar, a la raza maya actual, un acontecimiento tan relevante como el final de otra época de su larga historia. Debo advertir que el autor usa la palabra «cristiano», pero en esta ocasión, al aparecer antes de la llegada de los españoles, es de suponer que se trata de contemporáneos de la raza india; de ahí la sustitución, en la versión castellana, por el término «congénere».

La grabación se realizó en Pustunich (Edo. de Yucatán) el 11 de mayo de 1984. Para la transcripción íntegra de *Yaax indios yoko cab* se recurrió al alfabeto tradicional (ver Ligorred, 1985:90-96); el texto maya registra todo el «folklore lingüístico» característico de la literatura oral, las formas locales de Pustunich y el idiolecto de Virgilio Canul. Entre amigos, Virgilio Canul, un maya anciano, ciego, «semipoeta» según él mismo, recordaba quizás con tristeza, quizás con esperanza el futuro de su raza, es decir, su pasado.

YAAX INDIOS YOKO CAB

Virgilio Canul

Nici tzicba teex u cuento letee primera razae yalma teni este in bisabuelos, los antepasados de que u tzicbatco ten, de que yax raza bine aluxoob letiee ca tu formato ciudadano aburrido tulaca casi mundoí y mehmú ruinaso u ruina ppati bey le cu chaantah

mene raza beheelaa desde que kuch tu kin u terminado siglobee taaz a avisarto bine men Dios. Halibee hijos, teexee, dzooc teexii mulu cin cinzceex cu taa diluvio. Como yan u inteligencia u tuculmoobee hach mas que Diosoobee ce tiaobee coox mentic caja beyaa, formae caja c ocli. Entonces cuando cu caan a haa cu bine haao cu bin cu binee cu binoo cuando con el tiempo se baja el agua, cyemel e haao cu maa tu cimloo cu kat tu maanlo tan ti Hahal Dios, quiere pasar quiere pasar alante de Dios, se van a salvarse de lo que dijeron. Bueno entonces comenzió la lluvia, ca cahle haao, ca cahle haao, ca cahele haao, tunchee ti culani tyaanoobii tyaanoobii hai ca tu chucaah beya ca tu chucaahelaa cu tu chucaahelaa ca tu chucaahelaa ca man tu poloo cuando pollobee he!, a la muerte caa lah cimo ti culan tu chem tu salvacione maa chhuyabi maa chhuya bin e haao aalba tunich cu bin e peso mas aaloo cu bin u carga e tunchoo ca mas aalhi entonces quedo firme en su lugar, ca ppat firme tu lugar e tuncho bey dzoocil tioobee diluvio.

Entonces ca yanhi ulah raza ulah raza anhie indios maa chunazcoon respeto, maachi y vestircubao maachi u tratato e razao ti u yet cristianoe, chan helaane cu cinzcoo tioobii letioo u kaatoo mandar letioobee mala gente, mala raza, impresentable, toda la vida vive en el monte, toda la vidaee tianoo kaxe te cuxanoobee. Entonces cu ta indiosee ca tal españolsoo caa cinzaboo ca uch men e guerrao guerra segunda este segundo guerra ti cimi ula razao.

Letiee anilom behlaa ti e raza behlaa presentable, obediente, educados, civilizados, tulacloon c natic razon, bizicba utzi, maalob vestircicba, maalob hana, maalob diverticba, yete tulac u clase diversion uay yoko caba tan tan gozartic yanic vida men Dios.

Pero yalmoobee tialah bin Diosee nucah dzooc yoko cabe. Nicin ua teex mil novecientos y...! le mil novecientos y...! tyah Diosoo le yoo mixmacc i natic bax u sentido bax kin ba tu dzah u terminacionee pero mil novecientos y...! tii naa ci letiee c paatic toon yaniloon uay yoko caba u ordenes Hahal Dios, tu nak u caani.

Entonces todos desesperadoone yaniloonee maac u termino c vida, ppat u desesperado, ppat u dzooc vida c ohe u tzicbamaa toon in bisabueloo. Le mil novecientos... Dzoci taltac dos mil. Per c ohel ua yan u maan dos mil, ua maa tu maan dos mil te cu naakloo.

Amigos, te cu naakle tzichataan teno le in uohle, le cin uaa teex.

LAS RAZAS

Les voy a contar un cuento de la primera raza; me lo contó mi bisabuelo, mis antepasados me lo contaron. La primera raza fueron los aluxes, éstos construyeron las antiguas ciudades mayas. El mundo era aburrido; ahora quedan las ruinas que todavía hoy vemos. Un día, al finalizar el siglo llegó un aviso de Dios. Pues bien, hijos, bien, vais a morir en los cerros a causa de un diluvio. Pero los aluxes eran inteligentes, creían serlo más que Dios; decidieron hacer una caja y meterse dentro. Entonces subió el agua, subió el agua, subió el agua, subió el agua; y al pasar el tiempo el agua empezó a descender, a bajar, a bajar. Antes querían burlarse del Dios Verdadero, y ahora querían salvarse de lo que dijeron. Comenzó, otra vez, la lluvia, comenzó la lluvia, y llovió y llovió; estaban sentados en la base de un árbol. el agua los alcanzó, los alcanzó rápidamente hasta la cabeza, y al llegar el agua al cuello he!, fue el fin, se ahogaron. Murieron sentados en la barca, pues no flotaron, no podían flotar, eso es lo que se decía. Eran de piedra y pesaban, llegaron a pesar demasiado y quedaron clavados en el suelo como piedras. Y terminó el diluvio.

Entonces surge otra raza, la raza de los indios. No merecían éstos ningún respeto, e iban desnudos. No daban buen trato a sus congéneres. Eran mala raza, vivían siempre en

el monte, con aspecto despreciable; toda la vida en el monte. Entonces llegaron los españoles, y los indios fueron exterminados. Empezaron las guerras; empezó así la segunda destrucción con la muerte de la raza india.

Actualmente, ahora, la raza de ahora es de gente civilizada y obediente, gente educada y llena de entendimiento; de bien verse, adecuadamente vestida y adecuadamente alimentada. Con diversiones, con toda clase de diversiones de este mundo creado por Dios. Pero se ha dicho, y lo ha dicho Dios, que este mundo está por acabarse. Allá por el mil novecientos y...! El mil novecientos y...! Nadie entiende, nadie sabe el día en que el mundo terminará pero será el mil novecientos y...! El fin para este mundo de aquí en la tierra deber esperar las órdenes del Dios verdadero. El las dará desde los confines del universo.

Todos estamos desesperados por el fin de la vida; nos deja desesperados, no sabemos cuando vaya a terminar todo. Según me contó mi bisabuelo..., el mil novecientos y...! Poco antes del dos mil! Pero sabemos seguro que será antes del dos mil; no antes de terminar.

Amigos, así termino de contar este cuento; así me lo contaron y así lo sé, y así se lo conté.

Para los indígenas que habitan hoy la Península de Yucatán es, según el relato, este último katún del siglo XX cristiano un katún decisivo: en él puede producirse la destrucción del mundo presente. Virgilio Canul me comentaba, con asombro, la muy acusada presencia de lo «extranjero»: coches, aire acondicionado, música (rancheras o rock), televisión, turismo... Ahora estos bienes materiales, estas comodidades, parecen funcionar como anuncios o señales no de una creación sino de una destrucción. ¿Por qué? El maya de Yucatán interpreta que todos estos elementos representan una nueva invasión, quizás la más importante desde la Conquista.

La literatura oral maya, basada en los pronósticos, ha tenido gran influencia en la literatura latinoamericana de este ámbito cultural, tal es el caso de Rosario Castellanos, Eraclio Zepeda, Miguel Angel Asturias o Augusto Monterroso; el breve cuento «El Eclipse», de este último autor, se inspira irónicamente en la importancia defensiva y decisiva que los pronósticos cronológicos tenían entre los mayas durante los primeros años de la «conquista espiritual».

La precisión cronológica propició la consecuente producción de un lenguaje poético apto para representar los pronósticos naturales. Los sabios mayas habrían conseguido elaborar, en la antigüedad, unos registros no sólo de puntos y cifras sino de imágenes; pero, a la vez, unos registros no sólo de la historia sino de cada segundo de cada día de su vida. Este «video», ¿por qué no?, fue ensombrecido y en siglo XVI se borró; los pocos técnicos en su producción y buen funcionamiento, que ya por entonces quedaban, desaparecieron. Algunas imágenes a fuerza de verse, de repetirse, en el cielo pero también en la tierra, quedaron en las mentes de los mayas de «atrás de la muralla». Un mundo de signos naturales sigue apareciendo inesperada pero sistemáticamente en la tradición literaria maya; en la actualidad, junto a la observación y al estudio diacrónico de la lengua y la literatura, es necesaria la reconstrucción y el registro de los contextos literarios.

Por fortuna, a pesar de tan graves incidentes que ha sufrido la cultura maya, el carácter poético de las señales naturales usadas para pronosticar y la amplia difusión que las mismas tienen en la comunidad propicia la retención de estos signos en algunas memorias. Sus guardianes son los autores de literatura oral que viven inmersos en la comunidad y siguen portando y, a veces, difundiendo estos conocimientos.

La complejidad para estudiar esta cultura de los pronósticos no proviene de su remoto pasado sino de esa certeza, de esa conciencia, de esa memoria, en definitiva que les permite anunciar un futuro, posiblemente, conocido. El carácter reiterativo y dilatorio de los anuncios otorga a los mayas cierta seguridad, incluso cierto deseo, para que todos estos hechos anunciados no se cumplan; parecería que la divulgación de catástrofes próximas frena los acontecimientos. Los pronósticos no fallan: fallan los sucesos.

Suenan aún muy recientes, aquí en España, las palabras del físico británico Stephen Hawking quién, al hablar de la dirección del tiempo, se preguntaba: ¿Cuál es la diferencia entre el pasado y el futuro? y ¿Por qué recordamos el pasado pero no el futuro? Con las mismas preguntas podríamos concluir esta discusión pero los pronósticos naturales de los mayas conviven, ya lo hemos señalado, con el Tiempo, y el recuerdo del pasado equivale al recuerdo —que se anuncia— del futuro. Si reconocemos, en esta realidad cosmológica, algo tan sencillo como que el pasado de los mayas siempre les perteneció, hoy conviene reflexionar en aquellas palabras de Felipe Carrillo Puerto, de 1924: «El futuro de Yucatán pertenece a los mayas».

BIBLIOGRAFIA

- ALVAREZ, Cristina (1980). *Diccionario etnolingüístico del idioma maya yucateco colonial* (I. Mundo Físico), UNAM (IIF-CEM), México.
- BAQUEIRO ANDUZE, O. (1943). *La ciudad heroica* (Historia de Valladolid) Imprenta Oriente, Mérida, Yucatán.
- BARRERA VÁSQUEZ, A. (1951). «La historia de los mayas de Yucatán a través de sus propias crónicas» en *The Civilizations of Ancient America*, Selected Papers of the XXIXth International Congress of Americanists, The University of Chicago Press, Illinois, pp. 119-122.
- BARRERA, A., y RENDÓN, Silvia (1978). *El libro de los libros de Chilam Balam*, FCE, 5.ª ed. Col. Popular n.º 42, México.
- (1980). *El libro de los Cantares de Dzilbalché*, Eds. del Ayuntamiento de Mérida, Mérida, Yucatán.
- BOOK of Chilam Balam of Chumayel* (1973). (by Ralph L. Roys) University of Oklahoma, Press. Norman.
- BURNS, Allan (1983). *Oral literature of the yucatec maya* (An Epoch of Miracles), University of Texas Press, Austin.
- CHILAM Balam de Chumayel* (1986). Ed. de Miguel Rivera Dorado, Historia 16 (Crónicas de América, 20), Madrid.
- DICCIONARIO Maya Cordemex* (1980). Eds. Cordemex, Mérida, Yucatán.
- HAWKING, Stephen (1987). *La dirección del tiempo* (conferencia). CSIC, Madrid (1 de octubre).
- LANDA, Fray Diego de (1982). *Relación de las cosas de Yucatán*, Ed. Porrúa, S. A., México.
- LE CLÉZIO, J. M. G. (1976). *Les prophéties du Chilam Balam*, Gallimard, (Le Chemin nef), París.
- LIGORRED, Francesc (1983-84). *Textos mayas* (Grabaciones), Cinta n.º 7, Texto n.º 50, Edo. de Yucatán, México.
- (1985). *Consideraciones sobre la literatura oral de los mayas modernos*, ENAH (INAH-SEP) (Tesis), México.
- LIZANA, Fr. Bernardo (1893). *Historia de Yucatán. Devocionario de Ntra. Sra. de Izmal y Conquista Espiritual*, Imprenta del Museo Nacional, México.
- MEDIZ BOLIO, A. (1983). *La Tierra del Faisán y del Venado*, Eds. Dante, S. A., Mérida.

- MONTERROSO, Augusto (1980). *Obras completas (y otros cuentos)*, J. Mortiz (Serie del volador), 6.^a ed., México.
- PAOLI, Fco. J. y MONTALVO, Enrique (1980). *El socialismo olvidado de Yucatán*, Siglo XXI, eds. 2.^a ed., México.
- SERRANO, Sebastià (1981). *La semiótica*, Montesinos (BdT n.º 10), Barcelona.
- VILLAGUTIERRE Y SOTO-MAYOR, J. de (1933). *Historia de la conquista de la provincia de Itza, reducción y progresos de la de el Lacandón*, Biblioteca Goathemala, vol. 9, Guatemala.

